

# PEDRO FIGARI

(A PROPOSITO DE SU FALLECIMIENTO. —  
FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO)

HACE un tiempo, en uno de los números de "L'Art Vivant", que era, entonces, una de las más prestigiosas de las revistas artísticas de vanguardia que se editaban en París, el director de esa publicación, al referirse a la obra de Bonnard — el gran pintor neo-impressionista que tantos puntos de contacto tiene con nuestro Pedro Figari — la globalizaba en una de esas frases que son una maravilla de ex-

plástica. Una obra de Arte no es otra cosa que un estado de espíritu que se manifiesta hacia el exterior con auxilio de los medios de expresión que se poseen. El color como el sonido, nos hablan frecuentemente con mayor elocuencia y exactitud que las palabras, transmitiéndonos íntegro el poema del artista, abriendo en nuestras almas sus propios mundos, cuya existencia no hubiéramos podido aquilatar de otra manera. El Arte es un excitante que despierta los más secretos resortes de nuestra sensibilidad, descorriéndonos los velos de paraísos que estaban en nosotros pero que no conocíamos.

Yo no sospeché a Figari — aun cuando con anterioridad había oído hablar de su obra — hasta que me encontré frente a ella, rodeado por ella, en aquella exposición realizada en lo de Catelli, en que por primera vez se expusieron en Montevideo unas tres docenas de sus cuadros. No tuve necesidad de analizar, ni de reflexionar y, casi, ni de ver. Instantáneamente comprendí todo, como iluminado por la gracia, sin esfuerzo y sin vacilaciones. Me envolvió, de inmediato, una especie de tibia atmósfera que brotaba de sus cuadros transportándome a un estado psíquico indefinible. Me pareció que entraba por primera vez en un mundo recién hecho, totalmente nuevo, arbitrario por lo tanto, pero que me era también conocido, familiar; un mundo en el que volvía a encontrar, como después de uno de esos largos sueños sin ensueños, el ritmo perdido de una existencia anterior. Hasta entonces no había tenido mayor contacto que el habitual con las épocas rudas y silvestres de la historia de mi país. Los cuadros de índole histórica en que algunos pintores quisieron fijarla, no ofrecían otro mérito que el muy inferior de la fidelidad de la documentación, y eso los que ofrecían algo. Confieso que, plásticamente, esa época no me atraía y hasta la consideraba como un período mudo y vacío, como uno de esos abismos negros que se abren en ciertas regiones del cielo estrellado. Literariamente, hacía muy poco que los poemas de Silva Valdés me habían mostrado una posibilidad muy distinta por cierto a las décimas artificiosas de Elías Regules y a las estrofas simples y sentimentales del "Viejo Pancho". Pensaba, quizá, que el mundo rioplatense del gauchaje y de la colonia había muerto por completo sin que el Arte contribuyera a evocarlo dignamente fijándolo para siempre en el tiempo como un acorde logrado. Pero una sola mirada a aquella exposición de Pedro Figari, una tarde apacible en que era completamente mía, porque yo era el único visitante, bastó para sacarme de mi error. Allí estaba todo ese mundo, un mundo en la vida y en el tiempo, que tenía sus raíces en mi espíritu; un ambiente cálido y expresivo que me hablaba con elocuencia profunda y convincente. Los gauchos decorativos y solemnes oficiando los gatos y los pericones, parecían saludarme como a un viejo amigo esperado que llega un poco tarde a la fiesta. Todas las paisanas empolladas en sus sarazas flotantes, me arrojaron los claveles pintones de sus sonrisas. Los amplios patios coloniales, abiertos bajo cieños caprichosos de cerámica, cercados por sus paredes blancas o rosadas en las que se abren verdes ventanas, me hicieron sitio cordial, al lado de las guitarras sonoras y



encintadas. En otra parte, los negros bulliciosos y descalabrados suspendieron un momento el latido de sus "tam - tam" y recuperaron después la ebriedad vertiginosa de sus giros multicolores. Una dama gruesa y congestionada, adherida a su poñón, interrumpió un momento el saludo ceremonioso que dirigía a un caballero rígido y enlevitado, mientras la esclava de carbón enarbolaba en su flanco el mate como si fuera un fusil. Los perros errantes y discretos que se cuegan entre las piernas de las visitas o desfilan uno a uno, como en puntas de pie, sin levantar un rumor, infaltaban a todas aquellas reuniones, no me ladraron como a un intruso o a un desconocido. Los viejos matungos estrambóticos, prolongados de galeras chirreantes rojas y amarillas, me invitaron a acompañarlos a través de la aventura de sus viajes pintorescos, devoradores de horizontes. Un ombú inmenso y coposo, erecto sobre varias columnas, como el techo de una catedral, el mismo y distinto siempre, con algo de roble y mucho de bambú, se levantaba en algunos paisajes monocordes como una buena divinidad que polariza la vida de toda la campiña. Carretas lentas, abrumadas bajo su peso, cantando su áspera canción de ejes, subían penosamente colinas quemadas por el aliento del verano. Entre la semiluz del crepúsculo, en alguna calle colonial, la novia seguida de su esclavita, que es como su sombra, apura el paso sintiendo vibrar en sus oídos el toque de oración, dejando al galán en la mitad de la reverencia forzada. Todo eso y muchas cosas más no constituían en sí nada sorprendente ni maravilloso. Pero sí, lo maravilloso y sorprendente eran los medios sobrios y islumbrantes a la vez con que les daba vida el artista. Y la misión del artista es no dejar morir, perderse en el olvido, lo más bello de las cosas, que a menudo no saben ver los mismos que las están viviendo. Figari fué el poeta de una edad que ya no existe. Los que fueron sus protagonistas no supieron transmitir sus rasgos ni su emoción y así hubiera desaparecido sin dejar nos su sustancia si Figari no hubiera de-

cido, ya viejo, a los sesenta años, arrastrado por su verdadera vocación, a reproducirla en toda su encantadora variedad, encendiéndola en la llama de su Arte que al depurarla de pequeñeces e insignificancias la ha vestido de un nuevo ropaje de opulentas galas con el que ha adquirido ciudadanía suficiente como para ingresar en el país de la inmortalidad.

Alguien ha considerado el caso de Pedro Figari pintor, como una especie de milagro. Si se entiende por milagro subversión de las leyes naturales, la palabra está bien empleada. Eso de que una vocación artística irresistible, riquísima en posibilidades y fecunda en realizaciones no llegue a manifestarse o por lo menos a encauzarse hasta pasado el medio siglo de edad, no es un episodio común. En estos países somos un poco víctimas del prejuicio de la juventud y creemos que transponer cierta edad es quedar imposibilitado para la creación. Nada nos dicen los abundantes y expresivos ejemplos y constataciones de lo contrario. El Quijote fué obra de una total madurez y conforme los grandes pintores italianos dejaban los pinceles con la vida, otro tanto ocurre hoy en día en Europa en donde las canas no parecen influir mayormente en la decadencia o en la impotencia mental. Pero el caso de Figari no es, precisamente, el del artista que iniciándose joven sigue produciendo, ininterrumpidamente, hasta la senectud, sino el del hombre que de joven y maduro no ha encontrado su verdadera personalidad artística y viene a descubrirla, como por revelación sobrenatural a una edad en que corrientemente, comienza a perderse. No se puede afirmar que Figari no pintara antes de revelarse de un modo diría explosivo, como un artista original y completo. Pero durante muchos años no se atrevió a manifestarse, no creyéndose pintor sino un simple "amateur" de esos que a ratos perdidos, para distraerse, se dedican a aporrear un instrumento musical o a malgastar telas y pinceles en sayos sin consecuencias. A Ernesto Pó-



presión y de síntesis: "Bonnard, — decía — o la alegría de vivir". No quiero jactarme de ciertos descubrimientos y menos aún no pudiendo comprobar su auténtica paternidad, pero hace muchos años, desde la tarde, para mí memorable, que descubrí sin sospecharlo aquel mundo vibrante y encantador, definí la pintura de Figari como una detonante, irresistible, contagiosa alegría de vivir. No es necesario para comprobarlo, llegar al análisis detenido de lo que sus telas y cartones representan o evocan, a lo que de histórico, episódico o humorístico contienen. No. Basta, exclusivamente, sus valores plásticos, su fiesta perpetua de colores, la vida palpitante, facetada y kaleidoscópica que de ellos emana, para convencerse de que en el espíritu que los concibió antes aún que el pincel los fijara para siempre, había una fuerza vital desbordante, de ritmo sensual e incontenible; una verdadera erupción de energía condensada en una armoniosa palpitación de ritmos y de colores. Aunque los cuadros de Figari nada representaran de la vida humana o de la naturaleza; aunque no fueran más que manchas policromas extendidas aquí y allá dentro del cuadrilátero que los limita; aunque nada dijera a nuestro saber o a nuestra memoria, serían siempre un éxtasis para los ojos, un descanso para la mente, una liberación para la vida. Todavía somos demasiado esclavos del tema, de la anécdota, de la literatura, pero no debemos olvidar que la belleza del color, como la de las formas y la de los sonidos, no tienen razón de ser fuera de sí mismas y no obedecen a otro impulso ni a otro fin que a los que le dan su propia e independiente significación





que le hizo el último reportaje, hará cosa de un año, le confesó:

—“Aquello era sólo un entretenimiento, como si en vez de perder el tiempo en la rueda del café o jugando al billar, quisiera redimir el ocio con una noble faena espiritual”.

Hombre inteligente y brillante, que se destacó en todo lo que hizo, político y abogado de sólidos prestigios, envuelto en la existencia de la comunidad por sus intereses e iniciativas, no prestó durante su juventud y su madurez, atención bastante al artista que había latente en él y que, como se reveló más tarde, constituía la parte más valiosa, más auténtica, de su personalidad. Si a los cincuenta años le hubiesen vaticinado que llegaría a ser uno de los pintores más originales y extraordinarios del Río de la Plata, y que conquistaría una celebridad mundial, con toda seguridad que hubiera sonreído incrédulo y hasta sin muchos deseos de que el vaticinio se cumpliera. Sin embargo una obra múltiple y numerosa, realizada en un espacio de tiempo que no va más allá de veinte años, atestiguan ese fenómeno excepcional y prodigioso. Un distinguido escritor argentino, Julio Rinaldini, al estudiar el caso, que ha llamado muy justamente la atención en todas partes, comenta: “Me imagino que no son estos antecedentes la mejor recomendación que pueda ofrecer en beneficio de su arte. Más de uno dirá a qué viene esta vocación tardía en señor tan grave. Pero aquí está, precisamente, la belleza, en la perseverancia de este instinto que despierta en toda su lozanía en el último recodo de una vida. No se trata de una vocación tardía; es una vocación temprana que se mantiene sin desgaste a través de una existencia entera. Es un don innato que ha estado esperando su hora. Bastaría, para probarlo, el carácter y la abundancia de la labor realizada. La obra

del Dr. Figari es todo un mundo. Su fecundidad es extraordinaria. Se levanta al alba y pinta durante todo el día. Toma apuntes, aboceta, va hilando recuerdos. Pasa, constantemente, de un asunto a otro. Vive tomando contacto con las cosas sin que el cambio de una a otra le enturbie la visión ni confunda sus impresiones. Hay, realmente, algo de mágico en esta capacidad de traslación que parece renovar sus fuerzas en vez de agotarlas. Es, sin duda, el despertar de una vida que fué suplantada en la naturaleza de un hombre pródigo”.

A este primer milagro de la vocación del pintor, manifestada en toda su frescura a una edad poco habitual, hay que añadir otro, que es el carácter poético y evocativo de su pintura. Figari pinta recuerdos de niño, recuerdos de cosas vistas y recuerdos de cosas oídas que quedaron indeblemente grabados en su imaginación. Allí estuvieron, mudos y discretos, años y años, sin dar casi pruebas de su existencia, tímidamente ocultos, aturcidos y atemorizados por el tráfago ruidoso y absorbente de la vida. Pero un día, el menos esperado, comenzaron a filtrarse, a tomar consistencia, a condensarse, escapando por una pequeña grieta invisible y fijándose, burlonamente, en espectáculos multicolores, visibles y tangibles. Un mundo nuevo, extinto y olvidado, ennoblecido por todas las galas de la fantasía, obedeció silenciosamente a ese llamamiento misterioso. Sus gauchos y sus negros son los auténticos, no los de hoy, sino los de las épocas heroicas y puras en que eran, íntegramente, ellos mismos, sin mezclas ni refinamientos. A través de sus cuadros, se transparenta una verdadera adoración ferviente por todos aquellos elementos del terruño rioplatense que se han ido esfumando poco a poco, sin tener a su hora el pintor que merecieron para ser incrustados definitivamente en el tiempo. Gracias a él no morirán espectáculos feéricos; escenas encantadoras, llenas de gracia; paisajes melancólicos; cielos de pana o de raso en los que curiosean el ojo blanco de la luna; danzas rituales de la existencia campesina; barrios populares de viejas ciudades que desde hoy sólo podemos entrever en sueños; instantes que ocuparon su sitio en el ayer y que no volverán a revivir jamás y en ninguna parte. No se ha de incluir, por esto, la pintura de nuestro eminente compatriota, en el tan desacreditado género de la pintura histórica. Nada de episodios heroicos, falsamente teatrales y literarios. No es un cronista el que habla, sino un poeta el que canta. Un solo personaje llena toda la amplitud de la obra, uno sólo ocupa lugar, orgullosamente, en ella, la inspira, constituye su médula misma: el pueblo. Es un pueblo numeroso y anónimo, colocado en su ambiente geográfico y físico, con los cuales forma el mismo cuerpo, un todo armonioso, sin desentones. Hay en sus muchedumbres, ya tratadas con amorosa delicadeza, ya exuberantes de sonriente ironía, algo de las escenas populares de Teniers o de Goya, con las cuales encuentro, en espíritu y en realización, puntos de contacto. En ese sentido, la obra de Figari es un gran libro abierto a nuestra curiosidad y a nuestra emoción; un documento de eternidad y un acto de alta y noble justicia. No se hallará en toda ella una sola “pose”; todas sus figuras, aún las más desdibujadas y borrosas que se mueven en la penumbra,

en indecisos planos secundarios, vibran con una palpación singular e irresistible, llenas de cálidas sugerencias y desbordantes energías. Todo vive allí, todo palpita, se mueve, va y viene, irrumpe, baila, se estremece, arde, brilla, asorda, sonríe, canta. Es un mundo enteramente nuestro ese que gesticula tumultuosamente en sus telas breves y suntuosas, envuelto en acres fragancias del pasado y deslumbrándonos con sus espléndidos atavíos de iris. Pintor de su pueblo, pintor de una época, tal la única manera que hallo para clasificar a este artista desconcertante, a este poeta único del pincel, que se empeñó en que no se extinguieran para siempre canciones que no tuvieron labios que las supieran entonar en su tiempo!

Desde el punto de vista del color, ya he dicho que los cuadros de Figari constituyen la más alegre fiesta para los ojos. Su pincel no tiembla nunca en la elección y va vierte los pomos sin mezcla, ya los entrecruza logrando semitonos de una calidad tan fina que recuerdan a los hallados por Watteau. Fuego y nácar; esmalte limpio y brillante de cerámica; azul profundo de cielo; oros amables; verdes esfumados y discretos. Y, sobre todo, y en la época de su culminación, rojos intensos y flúidos, de graduación distinta, rojos que queman pero que no detonan, en las polleras de las morenas, o en los cuellos de los paisanos, o en las alfombras de los salones coloniales; rojos claros y limpios en las cajas de las diligencias incansables; rojos adustos y trágicos en la decoración de los minúes federales, en las mujeres de los soldados de Rosas, en el polvoriento entrevero de Barranca Yaco. Siempre me ha maravillado el audaz empleo que hizo Figari de los rojos densos — lacres, sangres, vinos, — que son los más peligrosos, pero que por el influjo de su magia armónica no distraen, ni neutralizan, ni desequilibran, ni apagan las demás tonalidades menos energías del cuadro. Esa maestría basta para considerarlo, — como lo está en todos los círculos artísticos del

mundo, — como uno de los coloristas más extraordinarios de nuestro tiempo. Así lo reconoce, entre otros muchos y tan autorizados, el crítico francés George Pillement, cuando manifiesta que “Pedro Figari quedará como uno de los coloristas más maravillosos que han existido”. En algunos de sus cuadros hay una opulencia tan viva, tan policroma, tan variada que parecen hechos, como ciertos mosaicos bizantinos, con piedras preciosas. En las telas de su última época pueden notarse algunas modificaciones en el color, pero en intensidad, no en calidad. Los tonos son ya menos violentos, más sedosos; hay más rosados, malvas, celestes y grises que en los cuadros anteriores. El empastamiento es el mismo de siempre; la técnica y el estilo no han variado; los temas son los habituales: iguales y diferentes siempre. Sólo se nota una especie de empaldecimiento general que hace los cuadros más delicados y más suaves. Las medias tintas del cielo de París, bajo el cual vivió Figari durante diez años se infiltraron en su pincel o en su retina llevándolo a una estilización, a una purificación del color? Difícil sería asegurarlo, aunque bien puede haber sucedido así. Pero no hay que magnificar demasiado ese hecho que no adquiera volumen necesario como para determinar la iniciación de un nuevo período en su vasta producción. La obra entera de Figari conservó una estrecha y bien visible unidad desde el principio al fin, desde que desbordando esbozos y ensayos entró en el campo de las realizaciones definitivas hasta el momento en que se apagaron definitivamente sus pupilas, llenas todavía de encendidas visiones, y se paralizaron sus pinceles y se desplomaron inertes, como las armas del soldado caído en pleno campo de batalla!

Alberto LASPLACES.

Montevideo, agosto de 1938.

